

Manu Joseph

Un hombre serio

PREMIO A LA MEJOR NOVELA HINDÚ DE FICCIÓN, 2010

Traducción de Susana Rodríguez-Vida



El Aleph Editores

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Título original: *Serious Men*

- © Manu Joseph, 2010
- Primera edición: enero de 2012
- © de la traducción: Susana Rodríguez-Vida, 2012
- © de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.,
El Aleph Editores,
Peu de la Creu, 4,08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.
Impreso en Limpergraf, S. L.
Depósito legal: B. 39.546-2011
ISBN: 978-84-15325-20-8

Para Anuradha, mi amor.



Índice

Primera parte	
EL PROBLEMA DE LA OREJA GIGANTE	11
Segunda parte	
EL VIEJO ENEMIGO DEL BIG BANG	81
Tercera parte	
LA FULANA DEL SÓTANO	155
Cuarta parte	
LOS MIL PRIMEROS NÚMEROS PRIMOS	225
Quinta parte	
EXTRATERRESTRES QUE HACÍAN CUAJADA CON EXTRATERRESTRES	267
Sexta parte	
UNA ÚLTIMA JUGADA	327
Séptima parte	
EL MOTÍN	367





Primera parte

EL PROBLEMA DE LA OREJA GIGANTE





Ayyan Mani llevaba el espeso pelo negro peinado hacia un lado, dividido por una raya irregular hecha sin cuidado, como la línea divisoria que los británicos solían trazar entre dos barrios enemigos. La mirada era penetrante y sagaz. Un poblado bigote ocultaba su permanente sonrisa. Un hombre moreno vestido con pulcritud, pero con ropa un tanto barata.

Observaba a los transeúntes que pasaban a su lado al atardecer. Había centenares en el largo tramo de cemento que bordeaba el mar de Omán. Jovencitas solitarias calzadas con buenos zapatos caminaban a toda prisa, como si quisieran escapar del destino de parecerse a sus madres. Sus orgullosos senos saltaban con cada paso, los suaves muslos se estremecían. Los cansados rostros de casta superior, hermosos y brillantes de sudor, mostraban la mueca del ejercicio físico. Ayyan imaginó que todas se sumían en el éxtasis cuando él las seducía. Adivinaba que entre ellas había chicas que jamás habían hecho ejercicio hasta entonces. Buscaban un súbito encuentro con un muchacho apropiado, y avanzaban a grandes zancadas, como si estuvieran midiendo la longitud de la costa. Tenían que deshacerse con prontitud de la grasa sobrante antes de la noche de bodas, cuando deberían rendirse a un extraño sobre el polen de un lecho de flores. Hombres viejos tranquilos, que miraban sin ver, paseaban con otros hombres viejos, departiendo sobre el estado del país. Tenían

soluciones para todo. Lo cual explicaba por qué sus mujeres caminaban varios cientos de metros más atrás, en grupos aparte, hablando de la artritis o de otras mujeres que no se hallaban presentes. Empezaban a llegar los amantes furtivos. Se sentaban sobre el parapeto, de cara al mar, y dejaban errar las manos o se comían con los ojos, según en qué etapa de la relación estuvieran. Y llevaban tan bajos los relucientes tejados que su magro trasero indio asomaba como una coma.

Ayyan miraba con unos ojos que no sabían cómo mostrar una educada falta de interés. Como solía decirle a Oja, si uno clava la vista en alguien serio el tiempo suficiente, empieza a encontrarlo cómico. Así que miraba. Desde atrás lo adelantó una chica con una saltarina cola de caballo y un iPod conectado al oído, y percibió su firme espalda juvenil a través de la camiseta. Apretó el paso para volver a tomar la delantera, y le echó un vistazo a la cara con la esperanza de que no fuera más bonita que su esposa. Las mujeres hermosas lo deprimían. Eran como los Mercedes, los móviles Blackberry y las casas con vistas al mar.

La muchacha cruzó la mirada con él por un instante y desvió la vista sin sentirse halagada. Tenía un semblante altanero que habría sido un placer domeñar. Con amor, poesía o un cinto de cuero, tal vez. Lo que ella prefiriera. El rostro de la chica no expresó nada, sino que se volvió más indiferente si cabe. Era consciente de la observación de que era objeto, no sólo por parte de ese desconocido de andar enérgico, sino también por esa interminable muchedumbre de miserables que propagaban el dengue y le rayaban el coche. Siempre estaban allí, en la periferia de su mundo, contemplándola boquiabiertos, tal como los perros callejeros miran a un ejemplar de raza fina.

Ayyan disminuyó el paso y dejó que ella se adelantara otra vez. Unos pocos metros más allá, un hombre se detuvo a mirarla de hito en hito, y giró la cabeza para seguirla con la vista cuando la muchacha pasó a su lado. Era un hombre bajito

que parecía mantenerse erguido porque la espalda no tenía el largo suficiente. Al ver la camisa tan tirante, Ayyan comprendió que la mantenía fuertemente sujeta dentro de la ropa interior. (La moda secreta de muchos de los hombres que conocía.) Un estrecho cinturón marrón le daba casi dos vueltas a la delgada cintura. El bolsillo de la camisa se combaba hacia abajo por el peso de todas las cosas que llevaba. Un peine rojo le asomaba del bolsillo trasero de los pantalones.

—¡Deje de mirar a esa chica! —le dijo Ayyan.

El hombrecito dio un respingo, y un momento después abrió la boca en una risa magnánima, pero silenciosa. Unos breves hilos de saliva le corrieron de la mandíbula superior a la inferior.

Fueron hasta uno de los bancos de hormigón rosa dedicados a la memoria de un miembro fallecido del Rotary Club.

—Un día muy ajetreado —dijo el hombre, palmeándose los muslos—. Salgo de viaje. Por eso lo he molestado, Mani. Quería dejar esto resuelto pronto.

—Está bien, amigo mío —dijo Ayyan—. Lo importante es que hemos conseguido encontrarnos. —Extrajo una hoja impresa y se la tendió—. Aquí están todos los detalles.

El hombre estudió el papel con más interés del que probablemente sentía. E intentó parecer despreocupado cuando Ayyan le puso ante el pecho el sobre lleno de billetes.

Una vez que el hombrecito se marchó, caminando con pasos ligeros y nerviosos para dejar claro que estaba ajetreado, Ayyan permaneció sentado en el banco, observando. El juego tenía que intensificarse, se dijo. Tenía que pasar a un nivel superior. En cierto modo, lo que acababa de hacer era cruel. Incluso fuera tal vez un delito. Pero ¿qué otra cosa podía hacer un hombre? Un vulgar oficinista atrapado en un mundo enorme y amedrentador quiere sentir la emoción de la vida, quiere liberar a su mujer del embrujo de las paredes de un amarillo enfermizo. ¿Qué puede hacer?

La multitud congregada en el paseo marítimo de Worli crecía: había pasado a ser una muchedumbre gigantesca e incolora. Pálidos muchachos con el fracaso reflejado en los ojos marchaban en pandillas horizontales y festejaban con risitas tontas los ejercicios aeróbicos de las inalcanzables mujeres. Y no cedían el paso a las apresuradas jovencitas. Eso era lo que le gustaba a Ayyan de la ciudad: el gentío húmedo, los eternos empellones, la silenciosa venganza de los pobres. En los míseros ascensores y los atiborrados trenes oía a menudo el alivio de las ventosidades vespertinas, veía costras en las caras extrañas y las venas que surcaban los ojos quietos. Y los secretos bigotes de las mujeres. Y la terrible frescura de la piel cuando se acababan de depilar. Sentía los empujones y la pesadez de los vientres. Amaba esa irritante opresión de Bombay, porque esa congestión de cuerpos humanos desesperanzados en la que había nacido era también, en cierto modo, el destino de los ricos. En las calles, en los trenes, en los mezquinos parques y las inesperadas playas, todo el mundo era pobre. Y eso estaba bien.

Los amantes desesperados seguían llegando, y rápidamente se apoderaban de los huecos que quedaban entre las otras parejas enganchadas. También ellos se sentaban de cara al mar, de espaldas a la muchedumbre que pasaba, acomodaban el cuerpo y se entregaban a sus discretas prácticas. Si alguna vez se hiciera allí un súbito silencio total, se oiría el restallido de un millar de tirantes de sostén. Entre estos amantes había gente casada, algunos incluso casados uno con otro. Cuando caía la noche volvían a su hogar de una habitación, que tenía el tamaño de un Mercedes, a reencontrarse con sus hijos, sus mayores, sus hermanos, sus sobrinos, todos apiñados bajo un único techo en descomunales aglomeraciones de viviendas donde hacía un calor insoportable. Como los *chāl* de las BDD, verdaderos infiernos. La gente que sabía lo que significaba esa sigla no era la clase de persona que vivía en esos lugares. Pero Ayyan conocía esas

cosas, aunque había nacido allí en un piso frío, treinta y nueve años atrás.

Era una colmena de diez mil hogares de una única habitación, repartidos en ciento veinte edificios idénticos de tres plantas que se alzaban como ruinas grises, con la pintura borrada hacía mucho por antiguas lluvias. Un millón de prendas de ropa colgaban de las rejas de los oscuros ventanucos. Se desprendían trozos de los muros exteriores, a veces incluso del techo, sobre todo durante las calamitosas lluvias de agosto. Los *chāl* eran obra de los británicos, que los habían edificado más de ocho décadas atrás en un tardío acceso de conciencia, para albergar a los que no tenían techo. Pero las viviendas resultaron tan mal construidas que los moradores de las calles se negaron a mudarse a ellas, pues no le veían sentido a renunciar al mundo entero y al cielo azul a cambio de un cuartucho oscuro que daba a un interminable pasillo en penumbras. Así que los edificios se convirtieron en el lugar de destino de los rebeldes armados. Los hogares de una única habitación que nadie había reclamado se transformaron en celdas de las que era imposible escapar. En este sitio rechazado ocho décadas atrás incluso por los que no tenían techo y que antaño había sido una prisión, vivían ahora más de ochenta mil personas que bregaban y suspiraban con la carga de nuevas uniones y el alivio de la muerte.

Ayyan se dirigió a su casa por los destrozados caminos de adoquines que discurrían entre los enormes edificios. Por todas partes había hombres y mujeres, cientos de ellos, simplemente inmóviles. Como si hubiera ocurrido alguna desgracia. Chicas demacradas, de pecho hundido, charlaban entre sí. Eran limpias y entusiastas, y la esperanza se reflejaba en sus ojos. Algunas hablaban en inglés, a modo de práctica. Se apartaron para dejar pasar a un borracho. Unos muchachos

con apretados tejanos falsos, con las posaderas como mangos, luchaban amistosamente cuerpo a cuerpo, intentando hacerse zancadillas. La expresión de uno de ellos empezó a cambiar: le estaban doblando un dedo. Su cara, que hasta el momento mostraba un júbilo estúpido, se tornó seria. Estalló una pelea.

Pero a Ayyan le gustaba volver al hogar. Al pie de la empinada escalera colonial del bloque número cuarenta y uno, el único incentivo para que un hombre subiera era un buen matrimonio. Subió los escalones diciendo *ka kabar* a los hombres que bajaban para ir a beber. Las mujeres de los *chāl* no esperaban mucho de sus maridos. Madres envejecidas que habían perdido a todos sus hijos varones antes de que éstos cumplieran los treinta aún eran capaces de reír hasta quedarse sin aliento. Aquí la fragilidad de los varones se traslucía continuamente en el rostro fatigado de los recién fallecidos, o en la mirada vacía de los borrachos, o en la calma resignación de los muchachos sin trabajo que se pasaban las horas sentados, mirando el mundo que pasaba a su lado. En cierto sentido, aquél era el lugar donde más fácil resultaba ser hombre. Bastaba con estar vivo. Mantenerse sobrio y tener empleo causaba una tremenda impresión. Ayyan Mani era casi una leyenda.

Aunque los hombres del *chāl* querían a Ayyan por los recuerdos de una niñez compartida, hacía mucho que éste se había distanciado de ellos. Siempre reía en su compañía, les prestaba dinero y, en las noches húmedas, charlaban en el negro patio recubierto de alquitrán, discutiendo sobre quién era el mejor bateador de críquet del mundo, o sobre los constructores que querían comprar todos los *chāl*, o sobre Aiswharya Rai, de quien comentaban que no era tan hermosa vista de cerca. Pero, en su interior, no aceptaba a esos hombres. Tenía que suprimir el mundo en el que había crecido para poder planear un modo de escapar de él. A veces veía rencor en los ojos de sus viejos amigos, que pensaban

que había avanzado demasiado en la vida y los había dejado a todos atrás. Ese rencor lo tranquilizaba. La furia contenida en esas miradas clavadas en el suelo le recordaba también una verdad que era para él más cara que cualquier otra cosa: que los hombres, en realidad, no tenían amigos entre los otros hombres. Que la camaradería masculina, pese a sus alegres bromas, sus viejos recuerdos de exageradas travesuras y el altruismo de la pornografía compartida, era de hecho una camaradería ridícula. Porque lo que realmente quería todo hombre era ser más poderoso que sus amigos.

Ayyan vio a una pareja joven que bajaba por la escalera. —¿Va todo bien? —preguntó.

El muchacho esbozó una sonrisa tímida. Llevaba en la mano una maleta, y Ayyan comprendió que estaba vacía. Era una señal de amor. En algunas de aquellas habitaciones vivía más de una docena de personas. Así que los recién casados dormían en los ilegales altillos de madera, con la tácita promesa de que la familia que descansaba debajo no miraría hacia arriba. De vez en cuando, las parejas muy ardientes iban a algún albergue barato de Parel o Worli, acarreando maletas vacías para hacerse pasar por turistas. Algunos llevaban también el álbum con las fotos de la boda, por si la policía efectuaba una redada. Permanecían todo un día en una cama de verdad que era sólo para ellos y volvían con cálidos recuerdos del servicio de habitaciones y el amor. Ayyan nunca había tenido que hacer tal cosa. Oja Mani había aparecido en su vida cuando todos los demás se habían marchado. Sus tres hermanos habían muerto de hemorragia hepática en un lapso de dieciocho meses. Un año más tarde su padre murió de tuberculosis, y su madre lo siguió al cabo de poco, por puro hábito. Por ese entonces él tenía veintisiete años, y Oja diecisiete. La había llevado a vivir con él, estimando que ella seguiría siendo joven mucho después de que él dejara de ser plenamente potente.

Atravesó el oscuro pasillo del tercer piso, que era la últi-

ma planta. Las paredes que lo flanqueaban, de un color amarillo desvaído por el tiempo, tenían enormes grietas que las recorrían como una red de oscuros ríos. Allí había unas cuarenta puertas abiertas; sentadas en el umbral, unas sombras inmóviles con la mirada perdida. Viejas viudas se peinaban con calma el cabello. Unos niños corrían alegremente por las desgastadas piedras grises del suelo.

Ayyan llamó a la única puerta cerrada del pasillo. Mientras esperaba, sintió la turbulencia de todas esas puertas abiertas, y las sombras que pululaban. Una pena antigua brotó como vapor en su interior. Oja estaba atrapada allí con él. Antaño las juveniles palabras de su esposa fluían como risas, y solía cantar para sí misma por las mañanas. Pero el *chāl* había acabado por calar en ella. La lobreguez había crecido, y a veces lo miraba de hito en hito a través de los grandes ojos oscuros de Oja.

La puerta se abrió, con menos premura y mucha menos expectativa de lo que era habitual años antes. Apareció Oja Mani, con la lujuriente cabellera oscura todavía húmeda por un reciente lavado. Tan delicada como siempre, enteramente capaz de curvarse hasta tocarse los dedos de los pies, en el improbable caso de que alguien se lo pidiera. Pero no tenía el cuerpo esculpido por los vanos ejercicios de esas mujeres de casta superior del paseo marítimo de Worli. Debajo de su fino camión de algodón rojo se marcaba una leve panza que se achataba si se tumbaba de espalda.

Su hogar tenía exactamente cuatro metros y medio de largo por tres de ancho. En el centro había un trozo de suelo vacío, de suave piedra gris. Junto a una pared, un televisor, una lavadora, un benévolo Buda dorado y un armario de metal muy alto. En un extremo de la habitación, junto a la única ventana —reforzada con una oxidada reja de hierro—, había una cocina rudimentaria pegada a un minúsculo cuarto

de baño de paredes de vidrio de color, donde una persona cabía y dos tendrían que estar acopladas.

Dejando la puerta abierta, Oja volvió a tomar asiento en el suelo y clavó la mirada en el televisor. Todas las noches, de siete a nueve, veía hipnotizada las melancólicas telenovelas tamiles. Durante ese lapso, animaba a todo el mundo a desaparecer. Ayyan se sentó a su lado y miró con paciencia la telenovela.

—¿Por qué llora esa mujer? —preguntó para hacerla irritar—. Anoche también lloraba. ¿No tiene parte hablada en su papel?

Oja no respondió. Sus grandes ojos, rebosantes de interés, estaban húmedos.

Él añadió:

—Vuelvo a casa después de una dura jornada de trabajo, ¿y tú sólo te sientas a ver televisión?

Las aletas de la nariz se le agitaron un poco, pero Oja decidió seguir callada. Ésa era su estrategia.

—¿Sabes, Oja? —prosiguió él, tal como solía dar comienzo a esta clase de cosas—. La gente rica tiene un nombre para todo. Incluso tienen una denominación para el tiempo que un hombre pasa con su familia.

—¿Ah, sí? —repuso ella sin volver la cabeza.

—Lo llaman *quality time*.

—¿Eso es inglés?

—Sí.

—¿Qué necesidad tienen de darle nombre a algo así?

—Le dan nombre a todo lo que hay fuera. ¿Sabes, Oja? En esos edificios tan altos hay gente que de pronto se empieza a preguntar: ¿Quién soy? ¿Qué soy? Y también tienen un nombre para eso.

Alguien llamó a la puerta. Oja murmuró que allí no había paz. Cuando Ayyan abrió, entraron dos niñas. Una tendría unos diez años y la otra debía de ser un par de años menor. Hablaron las dos a la vez.

—Tenemos invitados en casa. Necesitamos sillas.

Y se llevaron las dos sillas de plástico.

Oja cerró la puerta y echó el cerrojo como si eso fuera a protegerla de nuevos intrusos que estuvieran al acecho al otro lado. Luego se dejó caer otra vez al suelo. Pero entonces del televisor brotó la alegre musiquilla de un anuncio de champú. Ella se levantó de un salto y fue a la cocina. Sabía con exactitud cuánto duraban las interrupciones de los anuncios. La primera era la más larga, y en ese tiempo trataba siempre de preparar la mayor parte de la comida.

—Mira eso —dijo Ayyan, señalando la pantalla—. Esa mujer tiene un problema. Un gran problema, de hecho. Su cabello es ralo y débil. Ése es su problema. Ahora usa un champú. Mira qué feliz está ahora. Su problema se ha resuelto. Un hombre se la come con los ojos, y ella lo mira de reojo. Ahora el cabello es espeso y fuerte.

Ayyan reía, pero Oja sabía que tendría contraído el entrecejo. No se apartó del tembloroso recipiente que se calentaba al fuego. Esperó a que él se descargara de todo su odio.

—Esto es lo que esos cabrones consideran un problema —seguía diciendo Ayyan—. La caída del pelo. Ése es su gran problema. —De improviso preguntó—: ¿Dónde está Adi?

—Niñas y mariposas. Niños y monos —contestó Oja.

La mayoría de los proverbios de su mujer eran ininteligibles para Ayyan.

—Oja, ¿dónde está? —insistió.

—Sólo Dios sabe lo que estará haciendo ese extraño niño —respondió.

No obstante, había sido ella la que le había pedido fervorosamente que saliera cuando estaba a punto de empezar la telenovela.